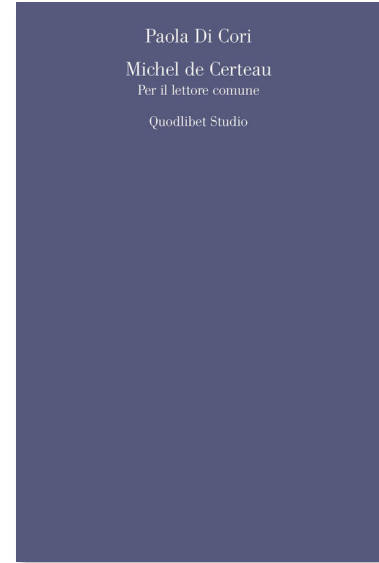


MICHEL DE CERTEAU Per il lettore comune

PAOLA DI CORI
Quodlibet. Macerata, 2020, 214 pp.



A muchos lectores españoles ni el nombre de Michel de Certeau ni el Paola di Cori les resultarán familiares. El del primero, pensador jesuita francés nacido en 1925 y fallecido en 1986, no ha conseguido todavía hacerse cotidiano entre nosotros cruzando los Pirineos desde Francia o el Atlántico desde ambas Américas, lugares donde es conocido y respetado como un autor interesante y audaz, complejo y riguroso donde los haya. El de la segunda, que nos ha dejado el pasado 2017, está asociado en Italia a la recepción de Certeau y al pensamiento feminista, teniendo cierto eco en España sus trabajos en este último campo de estudio. Ambos autores tienen en común una trayectoria intelectual caracterizada por su apertura y la movilidad entre diferentes focos de interés, no siempre fáciles de considerar como vecinos o cercanos entre sí.

La obra que nos ocupa aquí es un libro póstumo (son varios los detalles que permiten apreciar ese tono que tienen los trabajos a los que falta el bruñido final), cuya aparición ha sido posible gracias a la dedicación de un grupo de jóvenes pensadores italianos (Pierluigi Cervelli, Edoardo Prandi y Stefano Pepe) que han formado durante la última década, junto a Paola di Cori y estimulados por su entusiasmo, el grupo *Prendere la parola*. Constantes y hospitalarios, consiguieron construir en Roma un espacio de lectura y reflexión de la obra de Michel de Certeau (cuyo rastro puede seguirse en la página web www.micheldecerteau.eu), del que hemos podido participar, enriqueciéndonos, otros lectores apasionados de sus textos.

Como muestra el hecho de la existencia continuada de este grupo y de su presteza para hacerse cargo de la herencia certeuniana de su amiga ya ausente, Paola Di Cori tenía, como Certeau, una clara vocación de encuentro sincero con los demás. De origen argentino, pero afincada en Roma desde hace varias décadas, disfrutaba del arte del diálogo, dando a luz múltiples momentos de conversación que variaban notablemente de registro y de lugar (desde una librería a un café, de un centro cultural a una pizzería) en los que no se percibía en ningún momento un afán de magisterio ni, por tanto, una voluntad de escuela. Porque reconocía en Certeau, como hacemos tantos, una autoridad superior en cuanto a su capacidad intelectual y a la hermosura y profundidad de sus textos, no se interponía entre esta obra y sus interlocutores, sino que buscaba servir de pasarela por la que se pudiera acceder a un territorio no siempre fácil de recorrer.

No es de extrañar, por tanto, que este libro tenga el carácter de una invitación a la lectura de Certeau destinada al público italiano en general y no solo a los especialistas de cualquier rama de las humanidades o los estudios culturales, a los que les podría venir bien incorporar en su escrito de turno tal o cual cita de un texto de Michel de Certeau. Y es que la intención de su autora fue, durante años, que el lector común conociera a Certeau y se atreviese a superar la resistencia inicial que a menudo surge al comenzar su lectura. De ahí que en el texto no haya optado tanto por la escritura abigarrada y densa que es habitual en el mismo Certeau, como por una exposición más somera del mapa de la obra certeauiana. A vista de pájaro, sí, pero sin dejarse nada importante en el tintero porque va desenvolviéndose, página a página, como un baile bien agarrado con todos y cada uno de los escritos fundamentales de Certeau.

Esta idea de mapa o «contorno» (p. 13) y, sobre todo, la necesidad de trazarlo, nos conecta con un contexto geográfico, ya inexistente, que tuvo un gran influjo en la mentalidad de sus contemporáneos: el tiempo de los descubrimientos, de la exploración de los espacios vacíos de un globo que todavía guardaba secretos. El acto de dibujar un mapa lleva implícita en sí la necesidad de poner por escrito las trayectorias seguidas, los caminos emprendidos por mares y tierras peligrosas. Consiste en una diferenciación entre límites y densidades. ¿Qué sentido tiene hacer esto en el mundo de las humanidades o de las ciencias sociales, donde todo parece saberse ya desde hace mucho? ¿Acaso no cunde por doquier la sensación de estar atrapados en un mundo viejo en el que no hay más que disputas escolásticas sobre los ismos que hemos heredado? Trazar el contorno de la obra de Michel de Certeau, como hace aquí Paola Di Cori, señalar los límites y las densidades que marcan sus escritos, es, por tanto, un alzar la voz contra el pesimismo y la jactancia para reconocer que no sabemos todo lo que decimos saber, que sigue habiendo espacios vacíos en nuestro conocimiento y, lo que es más importante, en nuestros discursos.

El libro comienza con un cariñoso prefacio de Stefano Pepe y Edoardo Prandi, al que sigue una introducción más extensa por parte de Pierluigi Cervelli. Posteriormente, el texto de Di Cori se divide en siete secciones. La primera («Scrivere per il lettore comune») es, a modo de exposición de motivos, un alegato de la autora en favor de ese lector común al que hacía referencia anteriormente y que ya fue el protagonista de uno de los libros más conocidos de Michel de Certeau: *La invención de lo cotidiano*. A esta sección inicial le sigue una presentación breve de la vida y obra de Certeau («Quale Certeau?»), que acentúa las peculiaridades de su itinerario vital y académico y que termina tratando la recepción de su obra en Italia. Llega después el capítulo «Entre-deux», dedicado a mostrar, y reivindicar como un mérito, el permanente colocarse del pensador francés en los espacios intermedios entre posiciones aparentemente estables e incluso aparentemente irreconciliables. Teoría francesa, psicoanálisis, Mayo del 68 y mística son algunos de los jalones que señala Di Cori en el caminar zigzagueante de Certeau. A continuación, «Eterologie» condensa, en ese nombre de una nueva

disciplina con raíces nietzscheanas (la heterología), el interés por el otro que atraviesa toda la obra certeuniana. Las secciones siguientes, «Qui pro quo» y «*Lector faber. I testi ci guardano. Leggere e/è guardare*» están dedicadas, respectivamente, al uso en Certeau de la figura retórica del *qui pro quo* (que remite siempre a una desestabilización de las seguridades), y a la reivindicación de la «capacità creativa di chi legge» (p. 168), de la participación activa del lector cuando se enfrenta a la lectura e interpretación de un texto. Como colofón, la última sección del libro («La città cieca») aborda uno de los temas más queridos a Certeau: el tránsito hacia la hegemonía de la visión en la época contemporánea y sus repercusiones en nuestra comprensión del mundo.

Para los lectores italianos, Paola Di Cori ha dejado abierto con este volumen una puerta hacia la obra certeuniana. Dado de que no disponemos de un libro como este en castellano, sino solo de la muy interesante pero voluminosa biografía de François Dosse (*Michel de Certeau. El caminante herido*, UIA, México, 2003) y de algunas monografías más o menos atinadas, puede ser también de utilidad para los lectores comunes en castellano, siempre que se acepte la aventura de trabajar un poco para leer en un idioma vecino aunque inevitablemente extraño.

Juan D. González-Sanz
orcid.org/0000-0002-4344-8353